

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

La Novela Semanal Cinematográfica



El Trono
arante

ALICE TERRY
LEWIS STONE
JOHN BOWERS

50 cts.



SJOESTEDT, Victor

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 44234

El Trono Vacante

(CONFESSIONS OF A QUEEN 1933)

Magnífica producción cinematográfica.

Arrreglo de una obra extranjera, interpretada por los siguientes artistas:

ALICE TERRY, en el rôle de Federica de Osborne

LEWIS STONE » Duque de la Corona

JOHN BOWEN » Alejo, primo del Duque de la Corona.

• • •

PRODUCCIÓN

METRO GOLDWYN

• • •

Exclusiva de Metro Goldwyn Corporation

SANBLA DE CATALUÑA, 122

BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

REVISADO POR
LA CENSURA

IMPRESA «VICTOIRE».—BARCELONA

El Trono Vacante

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Mucho ha divagado la fantasía popular respecto a la vida del protagonista de esta novela, cuya principal aventura galante van a conocer nuestros lectores.



A orillas del Adriático alzase majestuoso el palacio que un día fué cuna del Duque de la Corona y que a la sazón ocupaba Cristián, el último Duque de este nombre.

Si existiera el tipo del perfecto galanteo



Cristián, el último Duque de este nombre...
(Lewis Stone)

dor, nadie con tantos derechos como tan significado aristócrata para representarlo. En cuanto al físico, Cristián estaba dotado de raras cualidades exquisitamente varoniles; y su corazón y su alma eran tan grandes, que el deseo de amar entraba en ellas como rayos de sol siempre triunfante. Esa peregrina convivencia entre la materia y el fluido, constituía el poderoso imán de sus conquistas femeninas; tan innumerables como varias.

¡Recordáis esas lámparas que irradian ánrea luz en las veladas estivales, grandialbierta la ventana o el balcón al frondoso jardín de vuestra casita en el campo, y alrededor de las cuales revolotean las incantadas mariposas que emergen de la sombra?

Establezcamos, pues, una relación entre el duque Cristián y esas luces, que al fin y al cabo, mariposa y mujer son una misma cosa...

Sus amigos los cortesanos envidiaban al Duque por sus éxitos en el delicado terreno de las vaporosas sedas, contrastando el rencor de los torpes en el agrídulec torneo de la ilusión, con la naturalidad, casi indiferencia, con que el galán ostentaba el muy donoso título de "faborito de las damas".

Aquella noche, en una casa contigua al Pa-

lacio, y en vísperas de su boda, daba el alegre Duque el adiós de despedida a su inquietante vida de soltero.

No vamos a entrar en detalles acerca de la propiedad de dicha casa, y nos limitaremos a decir que vivía en ella una hermosa mujer, llamada Sefora, que, enamorada del Duque, aspiraba a convertirse en dueña absoluta de su corazón.

Los invitados miraban con interés a Cristián y a Sefora. ¿Renunciaría el Duque a ella tan pronto contrajera el matrimonio?

Las damas, que para sí quisieran la suerte de Sefora, consideraban a ésta "poco interesante" para el Duque; y los caballeros, muñecos de la eterna farsa, menospreciaban, interiormente, a sus respectivas parejas, ante la última conquista del noble.

Sefora no recataba su entusiasmo por Cristián ante sus amigos, y después de prodigarle una larga serie de tiernas caricias, sentóse al borde de la mesa, junto a él, y le susurró al oído un deseo, sonriéndose el Duque, dispuesto a complacerla.

Sefora libró su media de la presión de la liga, y quedó al desnudo su pierna izquierda.

El Duque abandonó en manos de Sefora su

pitillera de oro en uno de cuyos ángulos había inerustado su escudo de armas, y aquélla, después de poner al rojo dicho blasón, adhirió la pitillera, en la parte del mismo, a su pierna,



Sefora libró su media de la presión de la liga, y quedó al desnudo su pierna izquierda.

para grabar en ella el emblema de la casa ducal a guisa de sello de amor.

El dolor de la quemadura fué ahogado valerosamente por Séfora, compensándolo la esperanza de que con aquella operación quedaba asegurada su amistad con el Duque.

—Ahora es cuando puedo obligarte a que seas mío para siempre—le dijo Séfora, abandonándose en sus brazos.

Los vapores del alcohol oscurecían la mente del Duque. Todas las mujeres le eran sumisas, y por ello las trataba a todas con despreocupación. Sin embargo, Séfora había logrado interesarle más que las otras, y hacia ella sentía Cristián cierta simpatía amorosa.

Los brazos de Séfora enroscaron el cuello del Duque, y a su contacto, éste, tentado por la clara belleza de la mujer, la estrechó contra sí, y a flor de labio, rozando los suyos, contestó:

—Seré tuyo con algunas condiciones impuestas por razones de familia que me obligan a casarme con una mujer a la que ni siquiera conozco.

Séfora hizo un mohín de mujer coqueta celosa, y observó:

—¿Y si ella fuese más hermosa que yo?

Una protesta general varonil contra tal su-

posición acogió la pregunta de Séfora, y Cristián, besándola, aseguró:

—Ante mis ojos no puede haber ninguna mujer más hermosa que tú, Séfora.

—Tú no la has visto aún...

—No seas incrédula, preciosa mía. Ten presente que si bien mi esposa estará realmente cerca de mí, espiritualmente serás tú quien estará conmigo.

Completamente segura de que Cristián no dejaría de amarla nunca, Séfora inundó con sus gritos de alegría el vasto comedor, y la fiesta proseguía abundante en libaciones.

Si el Duque de la Corona miraba como cosa secundaria su casamiento, no faltaba, entre los miembros de la familia, quien le diera una gran importancia. Este era el duque de Rosen, tío de Cristián, que había echado sobre sus hombros la ingrata tarea de normalizar la vida de su sobrino, por medio del matrimonio.

Alejo, primo del Duque de la Corona, era el comisionado por el tío de éste para hacer la petición oficial de la novia a los duques de Osborne.

Alejo oponía ciertos reparos a la unión de su primo con la Duquesa elegida, encomiando

la seriedad de ésta y censurando la ligereza de Cristián.

El duque de Roesen se mantuvo firme en su decisión, y dijo a Alejo:

—Esta es la única manera de conseguir que tu primo sienta la cabeza.

Ocultando torpemente su enojo, Alejo insistió en sus reproches a la conducta de Cristián.

—Tiene para mí muy poco de grata esta misión, porque presiento que Cristián no hará feliz a la duquesita de Osborne.

—¡Bah! No seas tan pesimista, Alejo. El roce engendra el cariño. Es aventurado suponer tal cosa.

Comprendiendo Alejo que sería superfluo perseverar en mal decir de su primo, inclinóse a obedecer.

Cumplidas todas las formalidades preliminares de la boda, ésta iba a celebrarse, y en las gradas de palacio esperaba Cristián, en compañía de su primo Alejo, a la que iba a ser su esposa.

La categoría social de los contrayentes y el alto grado del Duque en el Ejército eran causa de que el Gobierno tomase parte en la ce-

remonia de recepción de la Duquesa y nupcial.

Buena parte de los ciudadanos de Iliria se había reunido al pie de palacio, para asistir a la llegada de la Duquesa y tributarle homenaje de admiración. Predominaba el elemento femenino. Algunas conocían personalmente al Duque, y el resto sabía por las primeras que la galantería de Cristián era suave como brisa de abril.

El alegre Duque prodigaba saludos y sonrisas a los rostros conocidos, contrastando su cordialidad con el empaque de Alejo, cuya vista no perdía uno solo de los movimientos de la dorada embarcación que se deslizaba por las aguas del tranquilo mar en dirección al desembarcadero de palacio.

Cristián fijóse en la actitud de su primo, y, sonriente, le dijo:

—Cualquiera diría, querido Alejo, a juzgar por tu nerviosidad, que es a tu novia, y no a la mía, a quien estás esperando.

—No... no... No estoy alterado. Es mi impaciencia habitual...

—No te molestes en querer demostrarme que lo que yo veo blanco es negro. Tu interés por la aparición de mi futura me complace,

porque es la prueba más elocuente de que la elección ha sido afortunada.

—A nadie se le ocurren estas cosas más que a ti.

La suposición de su primo había contrariado a Alejo, ensombreciéndose aun más su semblante, para animarse bruscamente al llegar la barra dual.

El duque de Rossen se mostraba satisfecho, y Alejo buscaba con la mirada a la linda aristócrata en el pabellón de la canoa.

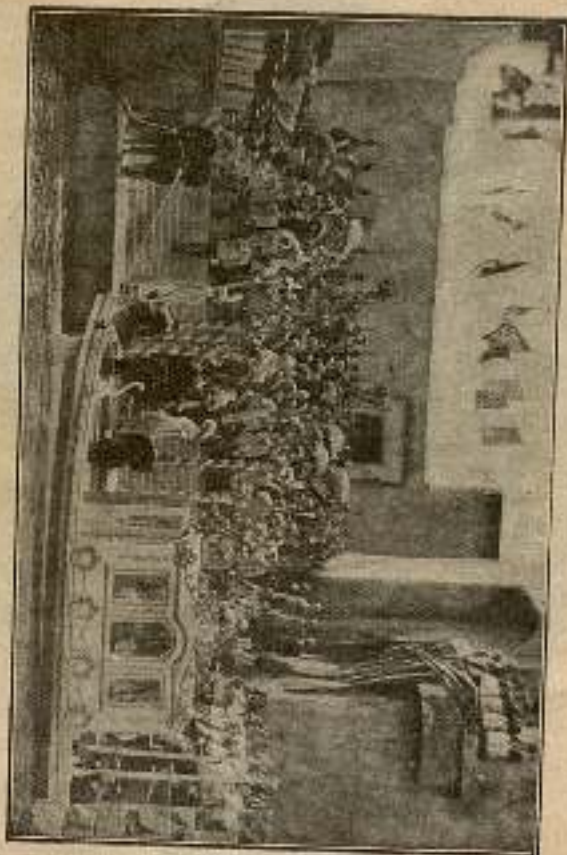
Cristián no perdía su serenidad, dispuesto a aceptar lo que por imposición de la familia le era destinado, pero se echaba de ver que deseaba ver pronto a la Duquesa, para contemplar la belleza que Alejo le había anticipado con su creciente nerviosismo.

Federica de Osborne, hija de los Duques de este nombre y dama de excepcionales prendas personales, asomó su rubia cabeza coronada de un albo sombrero, sonriendo a todos los que la aguardaban, y al ser presentada a Cristián, notóse en ella un ligero rubor al besarle la mano el futuro esposo. Por su parte, el Duque reconocía el buen gusto de Alejo, y su fama de conquistador ganaba un nuevo laurel con la belleza de Federica.



Federica de Osborne...

(Alice Terry)



...y al ser presentada a Cristián notóse en ella un ligero rubor...

Alejo reverenciaba rendidamente a la Duquesa, prendado de su incomparable hermosura, pero Cristián, interponiéndose entre ambos con discreción, le hizo colocarse en es-



Alejo reverenciaba rendidamente a la Duquesa, prendado de su incomparable hermosura...

gundo plano.

El duque de Rossen acercóse a la elegida, y expresó su contento.

—Es para mí un alto honor haber contribuido a la fusión espiritual de los ducados de Osborne y la Corona, mediante este enlace que Dios me sugirió.

Sonrió primorosamente la Duquesita, y Cristián, encantado de la nueva aventura, se atusaba su fino bigote, dibujándose en sus labios su peculiar nota de satisfacción.

Del grupo de mujeres más inmediato a la Duquesa destacóse una con un ramo de flores, que fué a ofrecer a aquélla.

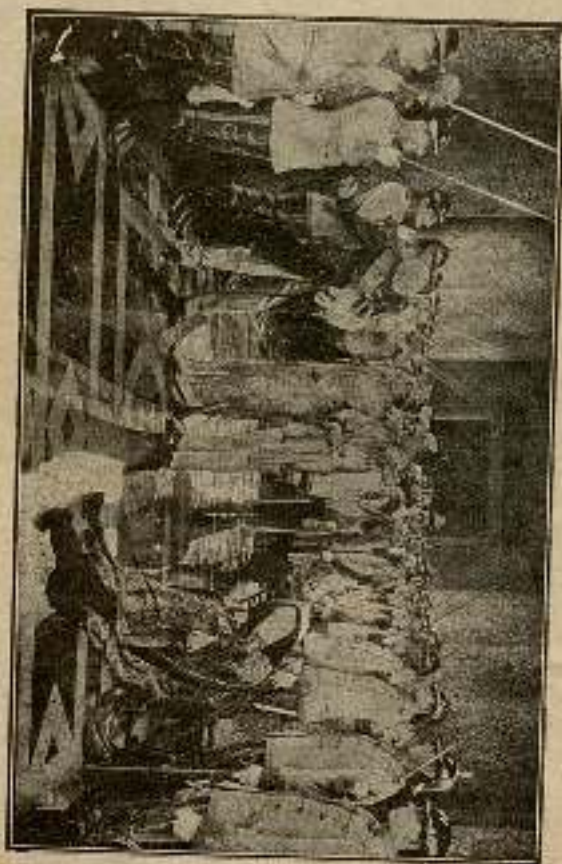
Aceptó Federica el delicado obsequio, pero al ir a aspirar el perfume de las flores, sintióse detenido el brazo por Alejo, que, apoderándose del *bouquet*, separó del mismo un insecto; y devolviéndole aquél, explicó:

—Perdonad, señora; había entre las hojas de las flores una avispa que pudo haceros daño.

Alejo y Cristián se miraron rápidamente. Los ojos del primero preguntaban; los del segundo se burlaban. ¡Ah! De modo que Alejo tenía un especial interés en captarse la simpatía de la Duquesita? ¡Qué pícaro!

Celebróse con gran pompa la ceremonia nupcial, y después del banquete y del baile de gala que puso fin al magno acontecimiento, los Duques se retiraron a sus aposentos, acompañados hasta su umbral por el duque de Rassen y Alejo, entre la admiración de la nobleza y los honores de la guardia de palacio.

Los más nimios detalles habían sido cuidadosamente preparados por la camarera Leonor Boston, viuda de un antiguo empleado de la casa, en la que ella gozaba de las mayores consideraciones por su inquebrantable fidelidad.



...los Duques se retiraron a sus aposentos...

Federica fué muy simpática a la servicial mujer, y la Duquesita correspondió desde el primer momento a su cariñosa acogida.

Cristián siguió de buena gana a su esposa, rodeándola de atenciones, y cuando ella se disponía a entrar en su cámara íntima, también iba a hacerlo; pero la Duquesa, deteniéndole bajo el dintel de la misma, le dijo con suavidades de niña:

—Si el destino me ha traído aquí y me ha unido a usted, no olvide que antes que el deber de esposa está la dignidad de mujer, y procure ganar mi cariño antes que imponerme el suyo.

Cristián quedó sorprendido al oír a su esposa, y repuso:

—Eso equivale a decir que hemos de pasar separados la primera noche de novios, ¿no?... Pues, es una novedad.

Sin embargo, siempre galante, añadió:

—Acato, resignado, esa doctrina, mas, bien sabe Dios que me contraría mucho.

Inició la partida, pero encontráse con que en la puerta había dos guardias. Regresó al lado de Federica, y le dijo:

—Ahora resulta que mi tío, el duque de

Rossen, nos ha puesto centinelas; sin duda para que nadie nos moleste.

La Duquesita no puso en duda la manifestación de su esposo, y pensaba, presa de intranquilidad, en lo que éste iba a hacer. ¿Quedaríase con ella?

Cristián no tenía prisa por marcharse; mas he aquí que de pronto, como iluminado por una gran idea, volvió a abrir la puerta de los nupciales aposentos, y dirigiéndose a la pareja apostada detrás de la misma, ordenó:

—Vosotros, los criados, ya os podéis retirar.

Así lo hicieron éstos al momento, y entonces Cristián, saludando a su esposa, encaminóse a otro aposento, por donde saldría sin peligro de ser visto por nadie.

Federica, agradecida por lo que el Duque acababa de hacer para respetar el deseo de ella, acercóse a él, y con miel en sus ojos y en sus labios, pronunció:

—Gracias, ese rasgo de generosa delicadeza le honra a usted.

Cristián desvió el elogio, y sonriente, replicó:

—Todavía no sabes bien hasta dónde llega mi generosidad.

Tras esto empujó una puerta, pensando no ser visto por Federica, y desapareció.

La Duquesita, sinceramente encantada del carácter de su esposo, aproximóse a dicha puerta, y como estuviera ligeramente entornada, miró en dirección a su fondo. ¡Nunca lo hubiera! ¿Qué vió?

Esa puerta comunicaba con la casa de Séfora.

Como cosa convenida, o por obra de la casualidad puesta al servicio del deseo, la hermosa amiga del Duque esperaba a éste en la bóveda del pasadizo del palacio hasta su morada.

Apenas Federica se asomó, para ver aún a su esposo, sorprendió, sin ser vista, o acaso simulando el Duque no suponer lo que estaba pasando, cómo Séfora y Cristián se daban muestras de perfecta inteligencia.

Profundamente herida en su amor propio, Federica apartóse del alcance de la insospechable escena, y retiróse entristecida a su dormitorio... en tanto que Cristián y Séfora se reunían con los invitados de ésta, para celebrar la boda del Duque.

Sentáronse a la mesa. Séfora, levantando

una copa colmada de espumoso líquido, brindó, haciendo burla de su rival:

—A la salud de tu esposa, blanca y fría como la nieve de las cumbres.



...sorprendió cómo Sefora y Cristián se daban muestras de perfecta inteligencia.

Cristián acalló los rumores generales, en forma enérgica, ante la extrañeza de todos:

—Ni es prudente que se hable aquí de la Duquesa, ni yo lo consentiré.

—Pero... ¿es que la quieres, Cristián?—inquirió Sefora, abrazándose a él.

—No es eso... La Duquesa es mi esposa... Brindamos, si quieres, por el amor... por nuestro amor indestructible...

—¡Oh, sí, Cristián! ¡Por nuestro eterno amor!

Y la Duquesa, sin saber por qué, lloraba.

En la frialdad que la envolvía, no obstante el confort de su magnífico palacio, la bella Duquesa de la Corona había de contentarse con las delicadas y respetuosas atenciones de Alejo, que la amaba en silencio.

—¡Ah, Federica, amada prima mía! ¡Cuánto diera yo por aliviar esa tristeza que adivino en tu vida!—confesóle cierta vez que sorprendió en sus claros ojos la huella de unas lágrimas.

Ella le miró con dulce resignación, y contóle:

—Agradezco en el alma, Alejo, ese rasgo

de nobleza, pero me ha trazado el destino esta senda plagada de espinas, y he de seguirla con la dignidad a que me obliga mi clase.



En la frialdad que la envolvía, no obstante el confort de su magnífico palacio, la bella Duquesa de la Corona...

El duque de Rossen presentóse en aquel momento ante la Duquesa, y a presencia de

Alejo, le habló de esta manera, rodeando sus palabras del mayor respeto y consideración:

—Su esposo, señora, ha tenido la bondad de atenderme en un asunto de indiscutible trascendencia para el porvenir del Ducado de la Corona... La vida un tanto extraviada del Duque empezaba a minar los cimientos en que descansa el título de la casa, y usted es el puntal que ha de sostener el edificio amenazado de ruina.

Federica comprendió y sus sentimientos libraban en su interior ruda batalla.

—Este edificio quedaría sólidamente asegurado con un heredero. Un niño que llevase la sangre de los Osborne sería la mejor garantía para el Ducado de la Corona—prosiguió el duque de Rossen.

Alejo, que esforzarse hasta este momento por contener su protesta, dijo a aquél:

—Hacéis mal, señor duque de Rossen, en imponer a Federica un amor nacido de vuestro egoísmo y que Cristián no siente.

Este, que acababa de aparecer, intervino en la cuestión.

—Tened por seguro, mi querido tío, que yo no pondré nunca en peligro el honor de mi casa. ¿Qué culpa me alcanza a mí de la in-

compatibilidad que existe entre el temperamento de la Duquesa y el mío?

Federica hubiera querido censurar en voz alta al indiferente esposo su comportamiento, y Alejo la habría aplaudido de todo corazón, mas no pudo... Acaso se reprochaba ella también su parte de culpa...

*El amor es como el vino
en un recipiente negro;
vemos el que sale fuera
pero no el que queda dentro.*

Habían transcurrido seis años durante los cuales apenas tuvo la Duquesa más satisfacciones que las propias de una madre al acariciar a su hijo.

Zara, hijo único de los Duques de la Corona, había heredado el carácter de su padre, y el esfuerzo de todos los que cuidaban de él tendía a enderezárselo.

—Más cuenta te tendría estudiar que pintar monigotes, hijo mío—observóle Federica, aquel día, sorprendiéndole distraído de sus lecciones.

—Los niños ricos no necesitan estudiar.

Papá dice que él era poco aficionado al estudio—contestó el muchacho.

—Hasta en eso se va a parecer a su padre este niño—comentó la fiel Leonor.

—¿Y qué? ¿Creéis que no me satisface parecerme a mi padre? Prefiero parecerme a él que a muchos de los que le rodean.

Federica se puso seria, y al apoderarse del papel en el que Zara dibujaba monigotes, vió que el lado opuesto estaba escrito. Extrañada de ello, lo leyó, alarmándose sobremedura al enterarse de lo siguiente:

Se advierte al Duque de la Corona que va a ser víctima del movimiento revolucionario próximo a estallar en la ciudad, si no pone tierra por medio.

—¿Dónde encontraste este papel, hijo mío?—preguntó alarmada a su hijo.

—Estaba aquí, en mi libro, mamá.

—¿Oh, Leonor! Busque usted a mi esposo, y dígame que venga a verme.

A poco, Cristián se presentaba ante Federica.

—¿Querías hablar conmigo, esposa mía?

—Acabo de encontrar este anónimo. Tú lo has leído, ¿verdad? ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Nada... Esperar...

—Te amenaza un gran peligro, Cristián...

—¿Qué le vamos a hacer? Yo no tengo la culpa de haber nacido Duque, ni de que el papel Nobleza esté en baja.

—Eso no debieras decirlo, pues si los que tenéis el deber de educar al pueblo le enseñáis con el ejemplo el camino de la honradez y del trabajo, estas amenazas no existirían.

—Estás en un error, Federica.

—No. Es que habéis creído, ¡ilusos!, que el pueblo no fiscalizaba vuestros actos.

—No puedo menos de lamentar en este momento el que tu amor de esposa sea insignificante comparado al que por la nobleza sientas. Acaso fuera hoy otra mi suerte...

—Tal vez lo sería... si no hubieses olvidado tus deberes de esposa como olvidas los de Duque de la Corona.

Cristián vaciló ante las vehementes palabras de Federica, y dominando en él, impetuosamente, el sentimiento, desconocido hasta entonces, que ella había despertado en su pecho, murmuróle:

—Federica, amor mío, ¿no podríamos...?

La Duquesa, atormentada por las dudas, re-

servó su respuesta para más adelante, y su mutismo al ruego de Cristián había de tener dolorosas consecuencias, hijas de una mala interpretación.

Alejo, enterado de lo que ocurría, irrumpió en el salón donde se encontraba Federica y del que acababa de salir el Duque, y no disimulando la gravedad del momento, dijo a aquella:

—La exaltación del pueblo me hace temer por tu vida, querida prima. Para salvarte está desde este momento a tu disposición mi yate en la bahía.

Cristián oyó el aviso de Alejo, y con punzante ironía, observó:

—Y a tu primo, ¿qué?

—Naturalmente, Cristián... Se trata de la salvación de todos.

Pero no hubo tiempo de preparar la fuga. No se hizo esperar la ejecución de la amenaza, en vista de lo cual se apresuró Leonor a salvar el más preciado trofeo de la casa: la corona.

Los revolucionarios entraron ebrios de sangre en el palacio, y el duque de Rossen fué uno de los primeros que sucumbieron a la ira popular.

Sobreponiéndose al peligro, el Duque de la Corona conservaba su calma en él característica.

Federica no se apartaba de su lado, esperando a ver el giro que tomaban los acontecimientos.

—Mi corazón tiembla, Cristián, al verte con esa sangre fría ante la crítica situación nuestra— pronunció con voz alterada.

—¿No sería mucho peor que perdiese la serenidad? Ya veremos qué pasa.

A poco llegó a su presencia, tomando toda clase de precauciones para evitar cualquier tentativa de fuga, el comité revolucionario, y uno de sus miembros, dirigiéndose al Duque, le dijo:

—Ya ve usted que no venimos en son de guerra, sino a invitarle a renunciar a su título de nobleza. Todos van a desaparecer.

Cristián no se inmutó lo más mínimo.

—Con eso — contestó — no me dan ustedes ningún disgusto.

El Secretario del comité puso sobre una mesa el documento de renuncia, que Cristián debía firmar, e invitó a éste a hacerlo.

El Duque de la Corona iba a cumplir el deseo popular, pero Federica, brillando en sus

ojos el enojo que le causaba la determinación de su esposo, detuvo su brazo y le recordó su deber.

—¿Qué vas a hacer? Tu hijo ha nacido con derecho al título que ostentas, y no debes renunciarlo.

El Presidente del Comité revolucionario intervino severamente:

—Nuestro sistema político no admite castas. Sólo la firma de la renuncia asegurará su vida y la de los suyos.

Cristián encogióse de hombros, y volvió a inclinarse para firmar.

—Eliges el momento del peligro para sacrificar lo que no es patrimonio tuyo— prosiguió Federica—. ¡Cobarde!

El Duque parecía insensible a cuanto le rodeaba, y al deseo de verse libre de todo le obsesionaba. Indudablemente, firmaría.

Federica lo comprendió así, y llevada de su indignación, cogió a su hijo en sus brazos, acercóse a la ventana del salón, y asomándose a ella, exclamó:

—¡Si firmas esa renuncia me lanzo al espacio con mi hijo!

La actitud de Federica era enérgica, sincera. Nadie se atrevió a acercarse a ella, para

impedir su propósito, pues antes de que alguien hubiese podido alcanzarla, el suicidio se habría consumado.

Alejo miraba con ojos desorbitados a su



—*¡Si firmas esa renuncia me lanzo al espacio con mi hijo!*

primo, no perdiendo al propio tiempo de vista a Federica.

—Prefiero mil veces que Zara muera a que mañana tenga que maldecir a su padre—continuó la Duquesa.

—Pero, Federica, me veo precisado a firmar—declaró Cristián, persuasivo.

—Si el destino te exige el sacrificio de la renuncia, el honor te obliga a luchar contra el destino.

La Duquesa estaba magnífica en la defensa de su hijo... y del honor del esposo. Cristián, conmovido, admirado de la sublime mujer, por la que sentía amor y de la que se creía despreciado, reflexionó breves instantes, y una idea cruzó su cerebro.

—Ya han visto ustedes lo que ocurre...—dijo al comité revolucionario—. Denme siquiera unos minutos para ver si puedo convencer a mi esposa.

Federica y Cristián cambiaron una elocuente mirada, y reuniéndose para hablar, llegaron a un acuerdo.

—Por fin se ha impuesto en la Duquesa la lógica, y ha cambiado de parecer—dijo, de nuevo, Cristián al Comité.

Y se dispuso a firmar, pero cuando la atención de todos los presentes estaba fija en lo que él hacía, Cristián apagó las luces, y, re-

uniéndose con su esposa y su hijo, y seguido de Alejo, abrió otra puerta secreta que comunicaba con la casa de Séfora, y desaparecieron mientras los revolucionarios se pagaban entre sí.

—Me ha salido bien la treta, Federica. Estamos salvados—dijo Cristián en el pasadizo.

La Duquesa se sentía dichosa al lado de su esposo, y la miraba con admiración. De pronto ella recordó a su fiel camarera, y deseaba salvarla.

—No podemos abandonar a Leonor, Cristián. ¿Dónde estará, la pobre?

El Duque pulsó el resorte de la puerta que abría paso a los aposentos íntimos, y como en ellos se hallaba la criada, a la que los revolucionarios brutalizaron en su afán de saqueo, fué salvada, y con ella la corona.

Séfora no sospechaba que los Duques iban a buscar la salvación pasando por su casa, y al ver a Cristián con Federica, exclamó, presa de celos, comprendiendo que el Duque no se separaría de su bella esposa:

—¡La Duquesa de la Corona en mi casa! No esperaba tanto honor.

Cristián trató de abreviar los "elogios"...

—Hemos tenido necesidad de salir por aquí, huyendo del peligro que nos amenaza.

—Nunca el Duque de la Corona ha hecho a esta casa una visita tan corta.

—Dejemos los cumplidos para mejor ocasión—atajó Cristián a la osada, para goce de Federica.

Y en el alma de Séfora rugían los celos.



Los ilustres fugitivos de Iliria se instalaron en una confortable villa en las afueras de París.

Con el cambio de residencia parecía haber variado la conducta de Cristián. Se complacía en quedarse en su hogar, al lado de su esposa y de Zara, que cada día era más travieso.

Alejo vivía con sus primos, siempre atento a que Federica le encontrase agradable.

El cambio de política operado en Iliria había defraudado al pueblo, y la muerte del Rey vino a complicar la situación. Los partidarios

de la monarquía pensaron en el Duque de la Corona, y le cursaron el siguiente telegrama:

Muerto el Rey de Iliria sin sucesión, y convencido el pueblo de que sólo un régimen mo-



—Me ha salido bien la treta, Federica. Estamos salvados.

nárquico puede salvarlo de la anarquía a que le ha llevado una revolución poco meditada, ofrece el trono a V. E., confiado en que los sentimientos democráticos que le caracterizan,

serán su norma de gobierno. Mañana saldrá para esa una comisión encargada de ejecutar este acuerdo. Herzen.



Alejo vivía con sus primos, siempre atento a que Federica le encontrase agradable.

El parte llegó a destino, pero el Duque, al enterarse del ofrecimiento que se le hacía, qui-

so ver, antes de tomar cualquier determinación, si su esposa era feliz a su lado, anteponiendo el amor de su esposa a todos los honores y privilegios del mundo.

Zara le ayudó a provocar una escena sentimental con Federica. El niño regresaba a su casa, acompañado de Leonor, con evidentes muestras de haberse peleado con alguien.

—No creo que se atrevan a burlarse otra vez de mí Pepito y Carlos. A los dos les he calentado la cara—dijo el Duquesito.

—Muy mal hecho. Los niños no deben tomarse la justicia por su mano—le regañó Federica.

—Has hecho bien, hijo mío—terció Cristián— Lo mismo hacía yo a tu edad.

Los esposos se miraron, un tanto severa ella, y sonriente él. En el fondo, Federica estaba conforme con su esposo, pero tenía que demostrar lo contrario a Zara, para que no resultase un peligro para los otros niños.

Cuando quedaron a solas los Duques, Cristián, acercándose amoroso a Federica, le preguntó:

—¿Te encuentras bien aquí, esposa mía? Yo prefiero esta tranquilidad a las ceremonias sociales de nuestro país.

—No me siento del todo mal...

Cristián traía unas flores de la calle, y se las ofreció a su esposa.

—Son las más hermosas que pude encontrar. Para ti no las hay bastante bellas...

Federica agradecía en el alma la galantería de Cristián, pero se resistía a creerle, deseando que la misma se prolongase mucho, mucho, hasta demostrarle indiscutiblemente que, en verdad, era el amor el que hablaba por los labios del esposo.

Cristián, acostumbrado a vencer sin dificultad, instó a Federica a tener fe en él, y ella, firme en su idea, se rebeló a caer en seguida en sus brazos.

—Estas demostraciones de cariño estarían en su lugar si no las amargase el recuerdo de las humillaciones pasadas—lamentóse.

Cristián creyó que era poco menos que imposible doblegar el orgullo de Federica, y se puso:

—Pésame, esposa mía, que seas tan rencorosa, y que mis caricias no basten a hacerte olvidar mis yerros de otros días. Así me trazas el camino que he de seguir.

Tentada estuvo la gentil Duquesa de traicionarse, mas supo ahogar sus sentimientos, pa-

ra ver de lo que eran capaces los de Cristián.

Alejo se felicitaba de la tirantez de las relaciones entre los esposos, de la cual pensaba sacar buen provecho cuando llegase la oportunidad...

Y he aquí que Federica se enteró del telegrama dirigido a Cristián ofreciéndole el trono, y puso a Alejo al corriente del mismo.

—¿Qué opinas que hará mi primo?—preguntó aquél a la Duquesa.

—¡Oh! El aceptará. Debe aceptar.

—¿Y si se negare...?

—Entonces, yo sabría estar en mi puesto.

Alejo cogió la corona que había en una vitrina y la acarició como si se tratase de un juguete codiciado...

Federica buscó a su marido, para concertar con él los preparativos que debían hacerse, para recibir a la comisión de la nobleza de Híria; pero el Duque de la Corona había desaparecido, sin que se supiese dónde se le podría encontrar.

Al día siguiente presentóse en la villa de los Duques la aludida comisión que venía a buscar a su futuro Rey, y Alejo llegó poco después, enterando a Federica de que se había buscado a Cristián por toda la ciudad, inútilmente; y consideró, en vista de ello, que no era prudente hacer esperar a los enviados de Iliria.

Federica decidió recibir ella misma con su hijo y Alejo a la comisión, apareciendo en aquel momento el ausente, dominado por los excesos a que se había librado durante la noche.

—Cristián, ¿por qué has hecho esto? Es preciso que recobres tu serenidad y te presentes ante esos delegados de Iliria que vienen a cumplir una misión muy honrosa para ti... A



—Cristián, ¿por qué has hecho esto? Es preciso que recobres tu serenidad y te presentes ante esos delegados de Iliria...

ofrecerte el trono vacante.

—Alejo me recomplazaría vertajosamente respondió el Duque.

—No hables por hablar, Cristián, Esos señores te están esperando impacientemente.

—Que se presente a ellos Alejo, he dicho... ¿Acaso crees que no he llegado a comprender que lo estáis deseando?

—¿Qué dices?... ¡Está bien! ¡No te faltaba más que llegar al insulto!

Federica, ocultando su dolor, cogió de la mano a su hijo, y con Alejo y Leonor presentóse ante la comisión.

—Señores: el Duque de la Corona lamenta sinceramente que su delicado estado de salud le impida recibir a ustedes, personalmente, y me ha autorizado para que yo lo haga en su nombre...

Cristián había estado escuchando a Federica, y temiendo que aceptase el trono para él, irrumpió en el salón donde se hallaban los delegados del gobierno, y apoderándose de la corona, pronunció, luchando por sostenerse en pie y por ahuyentar de su semblante la amargura que destilaba su alma:

—Señores, agradezco inmensamente a mi pueblo el honor que me dispensa, pero no me siento con fuerzas para corresponderle dignamente, y renuncio en favor de mi primo Alejo.

La noticia dejó atónitos a los presentes, y

Federica ahogó un grito de protesta. ¿Era posible que Cristián cometiese aquella locura?

Al renunciar al trono, le parecía al Duque de la Corona que todo había terminado para



—Señores, agradezco inmensamente a mi pueblo el honor que me dispensa, pero no me siento con fuerzas para corresponderle dignamente...

él, que ya nada le quedaba en el mundo. Su negativa era inquebrantable.

Sin embargo, reflexionando mejor su paso, comprendió que no debía favorecer a su primo, y corrigió su error, redactando esta nota:



Al renunciar al trono, le parecía al Duque de la Corona que todo había terminado para él.

Yo, el Duque de la Corona a quien el pueblo de Iliria ha ofrecido su trono vacante, hago solemnemente renuncia de él en favor de mi

hijo Zara, bajo la regencia de su madre hasta que tenga la capacidad legal.

—Dale esto a Federica—le dijo a Alejo—. Renuncio en favor de mi hijo.

A Alejo no le convenía quedar mal con su primo, y como seguía alimentando la esperanza de que Federica continuaría otorgándole su confianza, y que la ocasión que anhelaba no tardaría, seguramente, en presentarse, mostróse encantado de su cambio de criterio...

—No me molesta lo que acabas de hacer, porque es justo que tu hijo ocupe el trono que tú no quieres. Iré a decírselo a Federica.

—¿Todavía no has abusado bastante de mi paciencia? ¡Vete de aquí!—exclamó, iracundo, el Duque.

—Muy enojado estás, Cristián, con los que mucho te aprecian.

—¡Farsante!

Apareció Federica. Cristián la enteró de sus propósitos, mientras se alejaba Alejo, satisfecho del rumbo que tomaban las cosas.

—He reflexionado mejor, Federica, y me ha parecido más lógico hacer la renuncia en favor de nuestro hijo—comunicóle el Duque—. Tú y él podéis regresar a Iliria cuando os plazca.

— Pero, Cristián... ¿Qué te pasa?... ¿Por qué no me dices la verdad?...

— Es preferible que no demos a este asunto más importancia de la que tiene... Ahora sólo me resta resolver nuestro divorcio... para que quedes en libertad de casarte con Alejo.

— ¿Qué dices?... Es que yo no he deseado nunca, y hoy menos, divorciarme de ti, Cristián.

— ¿Por qué, si jamás me has comprendido?

— Porque... porque el escándalo redundaría en desprestigio de nuestro hijo...

— Es una razón, Federica... Reconozco que no he sabido ser digno de ti... Sin embargo, te he amado siempre, quizá más de lo que tú imaginas. No debo obligarte a que sigas sufriendo a mi lado.

Cristián se disponía a salir de su casa. En aquel momento llamaron a la puerta. Un hombre de aspecto poco tranquilizador era portador de una carta para él. El Duque la leyó. Decía así:

Cristián, amor mío:

Te he seguido a París, porque no puedo vivir lejos de ti. No me niegues la dicha de verte. El dador te acompañará a mi casa.

Siempre tuya

Séfora.

La primera intención de Cristián era romper con el pasado, con esa peligrosa mujer por cuyo amor había perdido—él se lo imaginaba—el de Federica.

— Diga usted a la firmante de esta carta que no puedo complacerla.

Pero, requerido al teléfono, se enteró de algo importante. Hablaba uno de los delegados que le visitaron un poco antes:

— Aunque fracasó la revolución en Iliria, hay en París un grupo de fanáticos, entre los que se cuenta Séfora Leemans, con el propósito de conspirar contra usted. Es preciso que viva prevenido para no caer en una posible celada.

Cristián sonrió. El peligro le seducía. Además, Séfora le brindaba la ocasión de dejar en paz a Federica. Volvióse hacia el portador de la carta de aquélla, y le dijo, disponiéndose a seguirle:

— He cambiado de parecer. Iré con usted.

El enviado ocultó una sonrisa de triunfo. ¡El supuesto Rey de Iliria caería en poder de los conspiradores!

Entretanto, Alejo, aprovechando la ausencia de su primo, revelaba, al fin, a Federica, la causa de sus anteriores atenciones.

—Nos va saliendo todo a pedir de boca, mi querida prima. Estamos ya muy próximos al paraíso de nuestra felicidad.

—¡Oh, Alejo! ¿Me estás realmente proponiendo que abandone a Cristián?... ¡Oh, aparta! ¡No me toques! Yo no vi nunca en tus actos más que gestos de caballería.

Entonces comprendió Federica las sospechas de Cristián, y su único deseo era demostrar a su esposo que su amor hacia él era puro, vehemente como el primero y único que era.

Cristián acababa de llegar a presencia de Sefora. Esta aventurera, deseando vengarse de él por su abandono por seguir a la Duquesa, se había aliado a los conspiradores, mediante promesa de cruzada recompensa, y llevaría a cabo su crueldad, olvidando por completo las dulces horas que le proporcionara su buen amigo de antaño.

Cristián se presentó ante ella como un autómata. No sabía lo que hacía. Una sola idea le obsesionaba: no ser un estorbo para la fe-

licidad de Federica. Quería morir, sí; desaparecer del mundo.

—Vamos, Cristián; después de tanto tiempo sin vernos, te presentas fúnebre y sombrío.



Entonces comprendió Federica las sospechas de Cristián, y su único deseo...

¡Qué te pasa!—le dijo ella, echándole los brazos al cuello, como en el pasado, no sospe-

chando que él estaba al corriente de su infamia.

—No es nada, preciosa Sefora... Me satisface mucho volver a verte...

—¡Si supieras cuánto he pensado en ti!... Ven... Quiero que, como mil veces lo hemos hecho, brindemos por nuestro amor inextinguible.

—Sí; por eso brindo; por que nuestro amor no se extinga jamás.

—¡Oh, Cristián! ¡Cuánto te amo!

Se habían acercado a la ventana desde la que se divisaba el Sena, que besaba los pies de la casa.

—Has tenido mucho gusto instalándote aquí. Desde esta abertura te puedes librar pronto de un enemigo, arrojándolo al río.

Al pronunciar estas palabras, Cristián parecía invitar a los conspiradores que escuchaban detrás de las puertas de salida, a que lo echasen al agua para hacerlo desaparecer.

Sefora, aprovechando un momento de descuido de Cristián, vació un papelito de veneno en la copa que había vuelto a llenar de vino, y se la tendió para que apurase su contenido.

El Duque había sorprendido la operación,

y aceptó matarse a sí mismo, pero invitó a Séfora a beber con él, en su misma copa.

—No quiero más, Cristián. Bebe tú...

—La botella está vacía y yo no quiero que tú te quedes sin beber. Nos tomaremos esta copa entre los dos.

Cristián vació media copa de vino en la de Séfora, y al punto de colocar el borde de la suya en sus labios, y obligando a hacer lo propio a la cómplice de los conspiradores, brindó:

—Por que sólo la muerte tenga poder para separarnos.

En tan crítico momento, abrióse la puerta de la habitación en que se hallaba el Duque y Séfora, y presentóse ante éstos, espléndidamente hermosa, la Duquesa. Habíase enterado de donde estaba su esposo, y los conspiradores le abrieron paso al enterarles ella del motivo de su visita.

—Cristián: si tú has renunciado al trono de Tiria por creerlo un peso superior a tus fuerzas, ¿cómo podría soportarlo yo hasta que Zara sea mayor de edad?—anunció al Duque. Yo también lo he renunciado en favor de Alejo, para dedicarme por entero a ti y a nuestro hijo—añadió, acercándose llena de ternuras a él.

Séfora, revoleándose en su indignación, pretendió llevar adelante su plan de venganza, mas los mismos conspiradores la hicieron de-



En tan crítico momento, abrióse la puerta en que se hallaban el Duque y Séfora, y presentóse ante éstos, espléndidamente hermosa, la Duquesa.

sistir de su empeño.

Cristián había roto la copa de la muerte

entre sus manos, y abrazaba con inefable ventura a su dulce esposa.

—Mi Federica, ¡cuánto he deseado este momento!

—¡Y yo, Cristián!

Alejo aceptó encantado el trono vacante, con todas sus consecuencias, una de ellas la de contraer matrimonio con la Princesa elegida por el Gobierno.

Iba a repetirse la ceremonia de recepción, pero esta vez Alejo era el novio. También miraba con impaciencia hacia la engalanada embarcación que conducía en su seno a la esposa impuesta por razones de estado. ¿Era guapa? ¿Se parecería a Federica?

Llegó la barca. El corazón de Alejo palpitaba intensamente. ¿Sería fea?

El Jefe del Gobierno ofreció el brazo a la Princesa, y al presentársela a Alejo, éste creyó morirse del susto. ¡Señor, qué Princesa! ¡Se había lucido! Todos los defectos físicos se hallaban reunidos en ella.

Mientras que Federica, en plena posesión de la dicha con el amor de su esposo y de su hijito, escribía en sus memorias, como brillantísimo epílogo:

*¿Qué importa perder un trono
con su peso abrumador
si gustosa lo abandono
a cambio del que ambiciono,
que es el trono del amor?*

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

COLECCION USTED LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films
CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los Enemigos de la Mujer. — Una mujer de París. — El Coronario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El Milagro de los Lobos. — «París, II.» — Venganza de mujer

Precio de cada libro:

UNA PESETA

Teresa de Ubervillius. — Maelste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el boletín. — Rómulo. — Juntos Meredith. — El Fantasma de la Opera

EL TRONO VACANTE

Precio: 50 Cts.

Siguiendo la serie de grandes producciones, en nuestro próximo número publicaremos el argumento de la finísima película

El Caid

Interpretación de

RODOLFO VALENTINO

Y

AGNES AYRES

Bello poema de amor

Pida en todos
los KIOSCOS
y LIBRERIAS

PUBLIC CINEMA

SU REVISTA CINEMATOGRAFICA
PREFERIDA

Recomiende a sus amistades

Public Cinema

El éxito que obtiene la nueva publicación

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

Es lógico, pues en ella se da a conocer al público la vida íntima de los artistas favoritos
: : de la pantalla : :

PORTADA A VARIOS COLORES
Precio con postal del mismo artista: 35 céntimos



¿HA LEÍDO USTED YA NUESTRO
ÉXITO ANTERIOR

EL FANTASMA

DE LA

O P E R A ?

LE AGRADECEREMOS LO
RECOMIENDE A SUS AMISTADES



Oliver de ...

